

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NUMERO ATRASADO, 25 CENTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid: trimestre..... Pesetas. 2,50  
 Provincias: id..... 3

REVISTA TAURINA.

PRECIOS PARA LA VENTA.

Paquete de 25 números ordinarios, pesetas..... 2,50

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, Plaza del Biombo, núm. 4, Madrid.

NUESTRO ALMANAQUE.

Fieles á nuestros compromisos, dentro de muy breves días se dará á luz el *Almanaque de LA LIDIA*, cariñoso obsequio para los suscritores que se entienden directamente con esta Administración, y libro de venta para el resto del público.

Un extenso Calendario, detallado con todas las particularidades que pueda contener el más completo, una novela del popular escritor Fernandez y Gonzalez y artículos y poesías de los mejores escritores que á la reseña de nuestra fiesta nacional se dedican, ha bastado para que cumplamos con nuestros lectores.

Si á esto se añade, que literatos tan distinguidos como los Sres. Sanchez de Neira, Carmena Millan y García Tejero nos han honrado con su colaboracion, el interés de nuestro *Almanaque* sube de punto para toda aquella aficion séria y circunspecta que busca en la historia del toreo curiosos y eruditos datos con que enriquecer las glorias de nuestro favorito arte.

*Sentimientos*, el revistero notabilísimo de *El Imparcial*, y *Alegrías*, el autor de los trabajos literarios de LA LIDIA, figuran en nuestra obra. Tambien va ella salpicada de varias poesías, chispeantes é inspiradas décimas, ocurrentes epigramas, que la aficion generosamente nos ha dedicado y que nosotros damos el preferente lugar que á estos rasgos de verdadero ingenio le corresponden.

La parte ilustrada corresponde á los Sres. Cuevas y Manchon,



Rafael Molina (*Lagartijo*).

así como la cubierta en color, obra elegante y bella de uno de nuestros primeros artistas, señor Gimenez.

De los diferentes grabados que ostenta el *Almanaque*, hemos entresacado los dos retratos que figuran en el presente número.

¡El público verá, y él mejor que nadie sabrá juzgarnos!



Como nuestro objeto en el presente es dar á conocer á nuestros abonados la nota característica y literaria del *Almanaque*, á continuacion insertamos tres trabajos, de los que expresamente para él han sido hechos por sus autores.

Los títulos son:

¡*Pobre Antonio!*, artículo de Alegrías.

*Carta en verso*, de Sentimientos.

*Tempestad... sin rayos*, artículo de Alegrías.



Quedamos, pues, carísimos lectores, en que dentro de breves días tendreis á vuestra disposicion el *Almanaque prometido*, que, como muestra de su texto y grabados, damos este número para que empiecen á calificarse sus trabajos: que se prepara un

número extraordinario

para la continuacion del texto, aún no terminado en el lunes 17; y que Dios os concederá felices Pascuas, como á nosotros suerte hasta aquí, para que LA LIDIA siga siendo de tu particular agrado.

## ¡POBRE ANTONIO!

*Mi visita al Tato.*

RECUERDOS DE SEVILLA.

Hacia tiempo que no le veía. Algunas tardes antes de su cogida le contemplaba airoso, rozagante, con aquella finura de facciones que hacia sonreír á Dominguez, y aquellos olores de finísimas esencias en su ropilla, que tanto le hacia murmurar á *Curro-Cúcharas*.

Ver á una notabilidad en cualquier ramo que ésta sea, es siempre una grata impresion para todo hombre curioso. Seguid los pasos del poeta por las calles de París, buscando la avenida d'Eylau, y le sorprendereis fijos los ojos frente á un modesto *chalet*, por si aquella puerta se abre, aquellas persianas se descorren, las cortinas se mecen imprudentes por el halago del viento, y á través de estas murallas, el transeunte logra divisar la luenga y canosa barba del autor de *La Leyenda de los siglos*; ved al pintor en Roma, y ansiará encontrarse con Pradilla; al *dandy* en Milan, y buscará la casa del tenor de moda... pues bien, colocad al *aficionado* en la ciudad del Bétis, y despues de trasladar á su cartería la impresion de los monumentos artísticos, irá á visitar las casas de los grandes diestros, el hogar en que viven, el barrio en que pululan, los varios rasgos y caracteres que forman y nutren toda su pasion torera.

Visitar, por otra parte, al *Tato*, es no solo una *obra de arte*, sino la interpretacion de un estudio psicológico y moral... ¡El ayer y el hoy de la desgracia!... ¡el monumento y la ruina!... ¡la apoteosis de la gloria y el ocase!

Eran las diez y media del dia; penetré en el ancho umbral de la Casa-Matadero de Sevilla, y pregunté:—¿Antonio Sanchez?...

Un cachetero me hizo penetrar en el patio. Grande, espacioso y sombrío este local, ofrecia su suelo el lustre gastado de las abluciones continuas del agua; de fuertes postes, situados á correcta distancia, pendian grandes argollas, en cuyo hierro se dibujaba el desgaste de las maromas; de los muros y el techo pendian acerados garfios, algunos truncados, otros limpios y relucientes, como si la res, al ser sacrificada hubiese tenido la coquetería de abrillantar el gancho con su propio dogal; en el rincon de uno de los ángulos del edificio, un monton de acartonados huesos; á su lado, los despojos de las víctimas, y allá, acullá, en todos los lados, en todos los rincones, en el rótulo del departamento y en los trajes de sus moradores, gotas y canelones de sangre, de sangre aún hirviente y humeante, como si los genios del mal se hubieran concertado en ominoso aquelarre, para juntos llevar á cabo una horrorosa carnicería.

Por una escalera de pino, sucia, mugrienta y manchada de sangre tambien, ví bajar á Antonio... le reconocí, más que por indicio alguno de su persona, por la perspicacia de la intuicion y el instinto que el alma tiene siempre de lo grande.

Llevaba un sombrero de fieltro negro, casi ya inservible por el uso; chaqueta de paño burdo, que dejaba ver la hilaza de su mala contestura; pantalon raído; unas abarcas por zapatos finos y ajustados; un ancho báculo, en el que apoyaba su vacilante pié, y medió cigarro de papel encendido junto á la comisura izquierda de sus gruesos labios.

Cuando le tuve delante de mí en el escritorio reducidísimo del Matadero, y me fijé en los rasgos más salientes de su fisonomía, en aquella cabeza sombreada de cabellos grises, casi blancos; en la irregularidad un tanto más que defectuosa de aquellos dientes que en otro tiempo constituian el orgullo del diestro; aquellos ojos sin llamas; aquel cútis rugoso y sin color; todo el conjunto, en fin, de aquel cuerpo, de aquel tipo, de aquella fisonomía marcada un tanto del sello del oficio y desprovista de su antiguo

resplandor, entonces pensé en los azares variados de la existencia, en el carácter pasajero de la vida, en aquel *Tato* de otros tiempos, cortés, elegante, gracioso, de quien la moda habia hecho un ídolo en la Plaza y la aficion un arquetipo de diestros en reuniones y festines; zambrador bullanguero, con una generosidad que se confundía con la dilapidacion y una altanería de su arte, rayana en orgullo; que se aderezaba, se vestía y buscaba el contraste de su profesion en la forma estética de su cuerpo y los rasgos levantados de su espíritu.

Pensé, al verle triste, abatido, ¿por qué no decirlo? un tanto descuidado y sucio, en aquel jóven primer espada de la temporada del 68, que se hacia anunciar con letras de oro en revistas y carteles, y horas antes del nacional espectáculo paseábase orgulloso, como Júpiter tonante entre sus dioses pequeños, con el pantalon riquísimo de punto de Avignon, chaqueta de Astrakan, que rivalizara su clase con la más flamante de las embocaduras del Volga; cadena de oro recogida en multiplicados ramales al rededor de su cuello, faja multicolor de fina y abillantada seda, y rubíes y topacios en sus dedos, dijés en la curva ondulante de sus leontinas, y el zafiro y coral prendido en los ajustes de sus camisolas.

Delante le tenia, repito, rodeado de la más infausta realidad, y acariciábale mi imaginacion en los centros de la bulliciosa Plaza, recogiendo á un toro con el capote para llevarlo engreido entre los pliegues variantes del *gallo*, acompañado de la admiracion coqueta de las damas y del aplaudir rabioso de los aficionados.

¡Qué diferencia!... Aquel diestro que se entretenia, como la damisela dentro de su camarín, ó la coqueta ante el espejo de su *boudoir*, en humedecer el engaste de sus encías para responder al beso de la *aficionada* con el hálito aromoso de los suyos; que, por un rasgo de excesiva limpieza, sepultaba todos sus brillantes en agua enjabonada, para que, al concurrir á la enamorada cita, corriese pareja el fuego de su amor con el brillo de sus alhajas... ¡qué diferencia!... repetimos, verle allí aislado, indolente, rebajado, traficando en carnes muertas, cuando la vida de las fieras eran los mayores resortes de su ovacion.

—¿Es V. muy desgraciado? le pregunté.

El inválido se sonrió; encogió sus hombros como si quisiera decir «no acostumbro nunca á maldecir la suerte,» y como quien teme dar rienda suelta á su pensamiento, se le escapó esta frase:

—¡Si *Peregrino* me hubiese dejado en la Plaza!

Estas palabras significaban todo un poema de dolor. Aquel hombre se acordaba demasiado de la muerte para que yo pudiera creerle feliz.

Insistí en los percances de su cogida, y me contó todas las sobreexcitaciones de su espíritu, mucho mayores que las de su cuerpo... Me habló del verdadero arte, de la fiesta nacional, de sus rivales, sus amigos y los toreros de su época; me expuso latemente su ilustrado juicio acerca de los diestros del dia (conferencia que, por ser reservada, yo no he de hacer pública jamás), y, por último, ¡oh rasgo de humana é indubitable flaqueza! me habló de sí mismo y de sus antiguos triunfos.

Entonces, sí, observé, cuando me relataba aquellas páginas de su antigua historia, fastos grandiosos de una época que jamás ¡ay! se repetirían, que sus rasgos fisonómicos iban adquiriendo vida y expresion; que aquella pupila centelleaba; que aquella boca contraída se replegaba como si fuese á surcar por sus labios nueva sávia y fresca, y todo aquel terrible aspecto del presente se coloreó con la mágica lámpara de lo pasado.

Entonces, y solo entonces... cuando la imaginacion le sonreía al diestro, apareció brusca la realidad...

—*Vamos á pesar la carne*, gritó una ronca voz desde fuera.

El antiguo matador se levantó sobresaltado de su silla; recogió un papel surcado de líneas y números al lápiz, y como quien teme faltar á una sagrada obligacion, mostró deseos de despedirse de mí.

Le tendí mi mano, estreché la suya con efusion y me aparté cortesmente para indicarle la salida.

De nuevo en el patio le eché mi última mirada. Allí estaba, junto al matarife de oficio, compulsando los kilos de carne que una res muerta daba de sí, al oscilar de la enorme romana, rodeado de mozos de la Casa, de destripadores y degolladores de profesion.

Bastóle una ligera errata en el papel donde llevaba anotados los números, para que un aprendiz soez, cuya cara surcada de costurones tenia algo de antifáz, le denostara con una denigrante frase, que á mí me pareció una blasfemia.

—«Un año más la pierna á ese hombre, pensé yo, y ese imbécil le buscaría recomendaciones para llevarle al Circo la funda de sus espadas, ó recogerle el sobrante de sus cigarros.»

¡Contingencias de la vida!

Así es que el portero debió oirme, cuando dejé decididamente el local, estas dos palabras de mis labios:

—¡Pobre Antonio!

Alegrías.

## CARTA DE PUNTAS.

Carta que á Madrí me envía, por er correo exterior, uno que está en Almojía, y no ha toreado en su vía y quiere sé mataó.

«Juanico: malegraré que ayegando esta *pistola* le jaye bien de parné, á la vera é la Lola y demás gente de osté.

La mía es güena, en virtú (no jablo é mi parienta, que le trata á Dios de tú) de no sé qué *recoalienta* que ma güerto la salú.

Jayándome sin jorná, me ije yo pa consigo: —¿Qué piensa jaserte?—Ná, me respondi; con que igo, ije:—pus métete á espá.

Mi compare, que es un perro, al verme tan desidío, me respondi:—Quita jierro, pus si paese que has nasío pa que... te mate un beserro.»

A pocas se arma la fiesta: no hay cosa que mas me achare que una presona molesta, y le escribisté, compare, pa vé lo que me contesta.

Yo he visto corrias; sé de teórica bastante, y me pongo en casa y... ¡be! cuanto piyo por delante lo traspaso á volapié.

Con la muleta, toreo señío y con maestría; á una siya la mareo, y pueo pasarme un día, sin cansarme, en un gayeo.

En quites tengo que vé: soy oportuno y valiente; ¿y con los palos? ayé

le coloqué un par de frente  
á un tío de mi mujé.

Cuando hay una noviyá  
no farto en er cayejon,  
siendo una plaza serrá,  
y ayí veo la fursion  
con muncha sereníá.

No gano un jorná, siquiera,  
porque mormura la gente,  
pa cortarme la carrera:  
que er trabajo se resiente  
con esta afision torera.

Sé que farto, no lo inoro,  
y por esto no me asombra;

los oigo y no me acaloro:  
¡me doy cá quiebro en mi sombra!...  
íguar que sí juese un toro.

¡Los chavales arrastrao  
me dan cada esason!...  
y es que er vurgo está atrasao;  
por eso á mí y ar Colon  
nos han de yamar «guiyao.»

Pero yó, que veo bien,  
y que voy pa er porvení,  
creo que ninguno es quién  
pa jaserme desistí,  
y á tos les respondo: «Amén.»

Espero que usté me escriba,

y no busco otro acomoo,  
manque viva como viva:  
dígamosté de qué moo  
me darán la artelnativa.»

••

Con que yo le contesté  
como en los drama: «¡¡Qué miro!!  
¿la alternativa? no sé;  
pero, hombre, véngasosté,  
á ver si le dan... un tiro.»

SENTIMIENTOS.



Salvador Sanchez (*Frascueto*).

## TEMPESTAD... SIN RAYOS.

(PALCO NÚMERO EQUIS.)

*En tan estrecho local,  
aquel corazon gigante,  
mostraba ser más pujante  
que el más fiero vendaval...*

(DRAMA INÉDITO.)

- Y el año que viene, ¿te ajustará?...  
—Sí.  
—Cuento contigo para abrir el abono...  
—Cuenta.  
—Madrid te quiere mucho.  
—Ya lo sé... (Con cierta invencible tristeza.)

••

—¿Lo oyes?... Se ajustará en el año próximo; le  
anunciaremos en el cartel, y... abono seguro... ¡Es

casi un niño; se le coge en momentos de buen hu-  
mor... y no sabe negar nada!...

—¿Se incomodará el otro?...

—Lo tenia ya prevenido... ha hecho un gesto de  
profunda contrariedad; pero, como de costumbre,  
en el silencio devora él todas las negativas.

••

El diestro que en un principio y correlativa-  
mente habia exclamado *sí, cuenta, ya lo sé*, habia  
penetrado en su palco... eran las cuatro en punto,  
y la corrida iba á dar comienzo.

¡Hermosa tarde!... Los palcos y delanteras po-  
blábanse de lo más florido y galante que cuenta Ma-  
drid entre sus bellezas; tendidos y gradas llenos... Un  
sol de Junio invadía medio circuito de la Plaza, que  
á ser la arena movediza corriente, ya se miraria or-  
gulloso el astro entre las ondulaciones del limpio  
cristal. Un rumor *envahissant*, como diría Daudet,

murmurador, inquieto, extendíase afanoso por todos  
los puntos del Circo, como precursor de tempesta-  
des ú ovaciones, y termómetro graduador de las  
inquietudes del alma: los mil colores, aliño insepa-  
rable de la belleza, formaban caprichoso contraste  
con el gualda y rojo de nuestro pabellon nacional,  
que, multiplicado en diminutos gallardetes, daban  
al aire sus movibles lonas, azotando el remate de  
los arcos.

Ojos claros, serenos, como diría el poeta; mira-  
das escudriñadoras y brillantes, pupilas ensanchadas  
por la emocion, fijábanse afanosas en el portalon de  
salida. El protagonista de nuestro artículo mirábala  
con afan creciente, favorecido por unos grandes ge-  
melos que se enseñoreaban y movian sobre unos  
ojos, rasgados como el dolor, y negros como la  
noche.

De repente se escucha un clamoreo unísono, ge-  
neral, batir de palmas y murmullo de cien voces.

Es la cuadrilla que aparece en el redondel. El diestro del palco se fija en el espada, que cediendo por cortesía el lado derecho á sus compañeros, ocupa el ala izquierda de aquel vistoso cortejo formado en batalla. Un entendido frenólogo hubiera podido leer en el relámpago que cruzó por su mirada esta elocuente frase: «¡Quién estuviere ahí!»

Trascurrieron algunos minutos. Jugábase el primer toro de la corrida, y nuestro matador, que por indiferencia ó aparente olvido se había posesionado del último asiento de la localidad, apelaba á su cuadrilla para que le diese cuenta de los incidentes de la Plaza.

Se escuchó un general aplauso.

—¿Qué aplauden? preguntó.

—Una *larga*.

Nueva tempestad de aplausos.

—Otra *larga*, le dijeron.

El palmoteo se hizo nutrido, fuerte, prolongado.

—¿Qué ocurre?—insistió preguntando.

—La tercera *larga*.

El diestro se sonrió, después contrájose su semblante, y por último se mordió los labios.

Clarines y tímpanos anunciaron la hora suprema. El público guardaba un silencio mudo, respetuoso, casi sepulcral. Trascurrieron breves instantes, que para nuestro protagonista fueron de terrible ansiedad, y al cabo de diez minutos oyóse un ruido que parecía una exclamación, un ¡hurra! de triunfo que semejaba al rompimiento de cien oleadas sobre un rígido peñón del Océano. La viva curiosidad obligó al diestro á pasearse sobre la delantera del palco: vió entonces á los espectadores levantados de sus asientos, un millar de sombreros extendidos sobre la arena, y cigarros á granel en revuelta confusión entre la arena del Circo. Dirigió sus gemelos de campaña á la res que se bamboleaba como una mole sobre sus cuatro remos, y que ancho caño de sangre lanzaba de su boca, y la observó, á fuer de perito en el arte, una *media estocada delantera* y con tendencias á *atravesar*, que le iba cortando la vida.

Como el personaje del cuento de Edgar Poe, abrió la boca nuestro protagonista para lanzar una blasfemia satánica; llevóse la extremidad de sus dedos á sus abrasados labios para morderlos, y confuso, colérico, exaltado, presa su ánimo de invencible emoción, con una sonrisa en su semblante que tenía algo de cataléptica y una huella de profunda tristeza en sus ojos, que revelaba una profunda agonia, dió con el baston en la puerta de la localidad y salió á los pasillos.

En aquel momento se le presentó rígida y viviente la imagen de su porvenir, sus cuitas pasadas, sus trabajos infructuosos, el juego perenne de su existencia en las astas de la fiera por buscar abrigo junto al público á quien debía toda su carrera. Sondeó las escabrosidades del presente y le dió pavor, recorrió con su fantasía las decepciones de lo pasado y le abatió mortal tristeza; y como si viviera de un recuerdo y se declarara vencido ante una mezquina esperanza, aquel hombre de complexión enérgica, dura y de batalla, con un alma grande para luchar con las fieras y un corazón pequeño para batallar contra la ingratitud de los hombres, tuvo un rasgo de debilidad, de flaqueza... y con el reverso de su mano se secó una lágrima.

Al cabo de una hora, como diría el gran Víctor Hugo, de sondear contra el abismo, volvió el diestro á su palco. Había terminado la muerte del cuarto toro y el público repetía su antigua y delirante ovación.

—¿Qué es eso?—volvió á preguntar nuestro protagonista, como si una fuerza irresistible le llevase á recrudescer su llaga.

—Es que el espada, oyó decir, ha pinchado varias veces á la res... el público impaciente permaneció en silencio, y ahora le aplauden á rabiar el *descabello*.

—¡El descabello!

Por no escuchar una palabra más de este relato, el diestro abandonó de una vez su sitio.

Salió de su localidad convulso, agreste, contrariado, como si hubiese reñido una batalla con gigantes, ó en el Circo se hubiese visto alcanzado por la fiera. En vez de aquel fruncimiento de ceño que antes le imprimiera la cólera, ahora dibujaba en sus labios una significativa sonrisa que simulaba el desden.

Al pisar, rodeado de amigos y curiosos, el ancho portalón de entrada, acercósele nuevamente aquel con quien le vimos conversar antes de dar principio la corrida.

—Con que ¿te ajustará el año que viene?... le reiteró.

Nuestro protagonista le contempló atentamente de arriba á abajo, detúvose un instante como para improvisar el vocablo, y como si la frase, próxima á salir, despertase de lo más profundo de su alma, dijo á su interlocutor mezclando á la voz un entrecortado suspiro:

—¡Ni el año que viene... y tal vez nunca!

*Alegrías.*

## GANADERÍA

DEL

EXCMO. SR. CONDE DE LA PATILLA.

Esta ganadería fué creada por D.<sup>a</sup> María Tomasa de Angulo y Espinosa, vecina de Arcos de la Frontera, en el último tercio del siglo pasado. A principios de éste vendió esta señora la vacada á los hermanos Zapata, de Jerez de la Frontera, quienes la poseyeron sin interrupción por espacio de 50 años. Al fallecimiento de éstos, vino la ganadería á poder de D. Vicente Romero, de la misma vecindad, el cual la vendió en 1878 al actual poseedor, Conde de la Patilla.

Los toros de esta vacada compitieron, en los buenos tiempos del toreo, con los de Lesaca y Vista-Hermosa, siendo tan grande la importancia que se les daba, que se buscaban con empeño siempre que se corrian toros para solemnizar algún fausto acontecimiento.

En 1871 se jugaron en el Puerto de Santa María, en competencia con los del Excmo. señor D. Antonio Miura, competencia ganada por aquéllos, en la cual se distinguió notablemente el lidiado en quinto lugar, de nombre *Cantarero*, que admitió con bravura y poder 32 varas, mató 9 caballos ó hirió á 11, perdonándole la vida á petición del numeroso público que llenaba las localidades del Circo.

Es comun la creencia de que estos toros proceden de los famosos *cartujanos*, no habiéndose cruzado nunca con reses de otra ganadería.

En poder la vacada del Conde, se han distinguido: un toro en Alicante, el 3 de Agosto del 79, llamado *Huracan*, que recibió con voluntad y codicia 18 puyazos, mató 7 caballos, dió 18 caídas á los picadores, mandó á la enfermería al Picador Francisco Calderon y al puntillero Isidro Buendía, y mató en los corrales á un mozo que pretendió hostigarle; otro, llamado *Campolargo*, jugado en Salamanca el 12 de Setiembre de 1880, que tomó 16 varas, dió 16 caídas, mató 6 caballos ó hirió á otros 6; y otros que se conocieron por los nombres de *Monte-negro* y *Celeste*, que se han lidiado en Orihuela en 1883, y que hicieron una faena igual á los anteriores.

Por el esmero con que hace las tientas el nuevo ganadero, es seguro que sus toros ocuparán un lugar preferente entre las ganaderías de más fama.

El pelo que más domina en las reses es el colorado y sardo, siendo de notar la pujanza que demuestran en el primer período de la lidia y los sencillos y claros que llegan á la muerte.

Su hierro es el antiguo bocado que usaban los Zapata, y los colores de su divisa, celeste, blanco y encarnado.

## EPIGRAMAS.

Después de una gran cogida, decía el médico Pando:

—Como el piton va abrasando, hiriendo á un tiempo y quemando, suele inflamarse la herida.

Desde entonces ruega Inés (que peca algo de inocente) que la libre Dios clemente de toda herida en caliente, por si se inflama después.

No queriendo cierto día tomar varas un novillo, le quemaron el morrillo en premio á su cobardía.

Una gritó:—¡Qué herejía al toro abrazar así! Y un guason que estaba allí, dijo:—¿Quiere usted callar? ¡Si á usted no la han de quemar! Digo... ¡me parece á mí!

PLOEZ.

Exclusivamente tienen derecho al regalo del *Almanaque Taurino de LA LIDIA*, aquellos señores suscritores que directamente se han entendido con esta Administración; así se hace constar en el anuncio que insertamos en otro lugar.

Aquellos de nuestros lectores que no se hallen en este caso, podrán adquirirlo por medio de los señores Corresponsales de Provincias, quienes dentro de pocos días los tendrán á la venta.

## ANUNCIOS.

### Á NUESTROS CORRESPONSALES.

Por un contrato especial, verificado con la Casa que en Madrid edita los Calendarios americanos y de chistes, esta Administración servirá las demandas á sus corresponsales con un **25 por 100 de descuento** en los precios indicados á continuación:

	Pesetas.
Almanaques de libro, <i>Alegría</i> , <i>Chistes</i> , <i>Tío Carcoma</i> y <i>Flamenco</i>	1
Almanaques americanos, surtidos en tres dibujos, docena.....	7,50
Almanaques americanos gigantes barnizados.....	2

Los gastos que ocasionen los envíos, serán de cuenta del comitente.

## BIBLIOGRAFÍA DE LA TAUROMÁQUIA.

### ¡CUERNOS!

Estas dos obras, que tan justa aceptación han alcanzado, se hallan de venta en la calle del Arenal, 27, Litografía, al precio de 4 y 6 pesetas respectivamente.

A los corresponsales y suscritores de LA LIDIA se les hace un 20 por 100 de descuento.

## AL PIERROT

GRAN TIENDA DE JUGUETES.—PRECIO FIJO.

Plaza de Isabel II, 1, MADRID.